

Nunca sentí tan cerca el peligro de una enfermedad

Confiesa el reconocido pediatra espirituano Redelio Rendón Fernández, quien, luego de haber tenido contacto con un adolescente positivo a la COVID-19, también fue sometido a estudio y aislamiento, pero no fue contagiado. Otra colega suya, lamentablemente, no correría la misma suerte



El doctor Redelio (a la izquierda con pulóver azul) en la etapa de aislamiento en el centro Vladislav Volkov. /Foto: Vicente Brito

Dayamis Sotolongo Rojas

EN toda su vida, que recuerde ahora, había estado ingresado solo una vez. Fue hace más de 15 años, allá por el 2004 en Honduras, cuando aquel accidente del tránsito le fracturó más que los huesos. Lo normal ha sido siempre estar del otro lado de la cama: ser el que examina y no el examinado; ser el que prescribe análisis y no al que pinchan; ser el que vela por los demás y no el que mantiene en vilo a tantos; ser el médico y no el paciente.

El lunes 6 de abril el doctor Redelio Rendón Fernández —especialista de primer grado en Pediatría, jefe del grupo provincial de la especialidad y uno de los tres pediatras designados en la provincia como expertos para el manejo de los pacientes con la COVID-19— había entrado a la guardia en la sala de Respiratorio, en el Hospital Pediátrico Provincial,

donde labora desde el 2010.

“El día antes había ingresado en la sala un adolescente de 18 años de edad con una bronconeumonía extensa. Se le pasó visita con todas las medidas de seguridad, como se hace ahora en todos los casos: bata, sobrebata, guantes, nasobuco... El paciente —detalla el doctor como si tuviese la Historia Clínica delante— se hallaba clínicamente bien, no hizo fiebre, no tuvo falta de aire, no hubo que volverlo a ver.

“Ese mismo día se recibe la indicación de que a todos los pacientes ingresados en la sala se les hiciera PCR; entonces se le indica para el martes y se le hizo”.

El joven, que luego levantaría una ola de preocupaciones por él y por los médicos que lo asistieron, estuvo bien hasta el jueves cuando comenzó a inflamarse y se le diagnosticó una crisis hipertensiva.

“La guardia lo interconsultó con Cardiología, todos los estudios estuvieron bien, y con Nefrología; luego de los exámenes de urgencia la nefróloga

lo interpretó como una nefritis y se trasladó al servicio de Nefrología”.

Eso lo supo Redelio el viernes cuando llegó otra vez a la guardia, igual que supo también que la PCR del joven aquel era positiva a la COVID-19.

“Extremando todas las medidas se llevó para la Sala G, que es la habilitada en el hospital para esos casos, hasta que se trasladó para Villa Clara. El paciente estaba afebril”.

Y comenzaron los otros contagios: la búsqueda de todos los que habían tenido contacto con el joven durante el ingreso; el pinchazo y los test rápidos que daban negativos; la PCR luego y la espera; la guagua aguardando por todos y trasladando a médicos, enfermeras, residentes, internos, técnicos de rayos X, de Laboratorio hasta la Escuela Pedagógica Vladislav Volkov para confinarlos en aislamiento.

“Éramos como 20, pues cerca de 10 fueron ingresados en el Hospital Provincial de Rehabilitación porque dijeron tener algunos síntomas; ya esos se veían muertos —bromea un tanto para disipar el estrés de los días vividos—.

“Yo no me sentía nada; el temor siempre está. Había madres que lloraban porque habían dormido con sus niños; doctores que temían haber contagiado a su familia; yo estaba solo con mi esposa y los nietos no habían tenido contacto conmigo y, aunque habíamos cumplido todas las normas, nadie sabía si era o no

positivo al nuevo coronavirus”.

Era, quizás, esa sensación rara de la que jamás aprenderán a curarse los doctores: enfermar. Como nunca antes estaban en aquellos cubículos sin el estetoscopio en el cuello, sin las recetas abultando los bolsillos de la bata, sin el cuño para prescribir nada.

“Sí, es tenso. Las atenciones fueron excelentes, había un equipo multidisciplinario para atendernos integrado por los trabajadores de la escuela, los de Salud y hasta las autoridades del Partido, del Gobierno, del Ministerio del Interior.

“La bandeja con la comida nos la llevaban hasta la cama y en cada cubículo había un televisor. Lo que más golpeaba era la nostalgia y el miedo a estar enfermo y a haber contagiado a la familia”.

Por lo menos él tuvo que domar la hiperquinesia que lo obliga a no poder estar sentado —nada más en la consulta— y los nervios para transmitirles serenidad a los otros.

“Los pediatras son unos de los profesionales de la Salud más sensibles por los pacientes que atienden y el Hospital Pediátrico se caracteriza por la unidad, la cohesión entre el colectivo. Esta experiencia nos sirvió para unirnos más, fortalecernos, de allí salió todo el mundo dándose los teléfonos, llamándonos...”.

Por más que se sepan humanos, tan infalibles como el resto de los que atienden, la incertidumbre ante la posible confirmación de un diagnóstico

no suele estar en sus recetas.

“Como parte de la sociedad uno está preparado para que pueda enfermar y más cuando como ahora trabajas con pacientes con Infecciones Respiratorias Agudas. Uno se prepara psicológicamente, pero nadie quiere enfermarse. Nunca sentí tan cerca el peligro de una enfermedad”.

El lunes pasado en la noche llegaría el resultado de los exámenes procesados en el Instituto de Medicina Tropical Pedro Kourí: los doctores fueron negativos.

Sin embargo, la felicidad no sería total. Poco después se conoció que una pediatra se había infectado. Se incluía entre los 28 profesionales que atendieron al joven, lo que, a diferencia de sus colegas, se hallaba aislada en La Sierpe, lugar donde reside.

Manuel Rivero Abella, director provincial de Salud, esclareció a este órgano de prensa: “Los resultados de la PCR de 27 de los implicados en el suceso llegaron el martes 14 de abril y todos esos fueron negativos. El miércoles 15 nos llegó entonces la confirmación de que la doctora Yoslane Cabrera Albelo, especialista de primer grado en Pediatría, era positiva a la enfermedad.

“Ese mismo día se trasladó al Hospital Provincial de Rehabilitación y el jueves ingresó en el Hospital Manuel Piti Fajardo. En estos momentos, al igual que durante todo su ingreso, se halla asintomática”.

Premio a la ejemplaridad y la constancia

En coincidencia con el aniversario 59 de la proclamación del carácter socialista de la Revolución cubana, trabajadores y cuadros del Partido en la provincia que acumulan años de servicio recibieron un agasajo diferente

Delia Proenza Barzaga

Esta vez no fue a teatro lleno, como había sucedido hasta hoy. Cuando el primer imperativo es contener la propagación de un virus que azota a casi toda la humanidad, y la urgencia es preservar las vidas, el homenaje transcurrió discreto y sin aglomeraciones inconvenientes.

Pero aun así fueron momentos conmovedores. En la memoria de todos, la proclamación del carácter socialista de la Revolución cubana en aquel preludio de la invasión por Playa Girón, hace 59 años. En la memoria, Fidel despidiendo a las víctimas de los crueles bombardeos de aviones disfrazados, muestra triste de los esfuerzos del gobierno de los Estados Unidos, desde entonces, para asfixiar el proceso independentista emprendido por Cuba.

Trabajadores y cuadros que acumulan entre cinco y 50 años de labor en el Comité Provincial del Partido y sus dependencias, así como en las estructuras homólogas de los municipios, recibieron este 16 de abril los diplomas acreditativos de un esfuerzo ejemplar y sostenido en bien de la nación. Esta vez el distanciamiento se percibió incómodo, pero

de todos modos se impuso. Los nasobucos cubrían los rostros de los homenajeados, mas no lograron atenuar el brillo en los ojos de todos. Era un total de 80 trabajadores que, en tiempos de un coronavirus que nos ha cambiado la vida de repente, hicieron una pausa en su quehacer para acceder al agasajo en sus respectivos centros.

Algunos conmueven por su larga entrega, como Eneida Luna, con medio siglo en las lides partidistas, tiempo en el que transitó por diferentes responsabilidades y, una vez jubilada, volvió al trabajo en calidad de oficinista asistente. Es también el caso de Carlos Abreu, con sus 45 años, mayormente en la Oficina de Asuntos Históricos; de Geraldo Oliva y Pastor Guzmán, con sus 40 cada uno; el primero en múltiples quehaceres hasta llegar a operador de grupo electrógeno; el segundo, como periodista de la editora Escambray.

Otros suman cifras redondas de servicio. Es el caso, entre muchos, de Enrique Álvarez Romero, quien de forma callada y responsable se ha dedicado durante tres décadas a los quehaceres de dirección política, desde empresas agrícolas, pasando por unidades militares en Angola, primer secretario del Partido en La Sierpe y Taguasco, hasta la



Trabajadores con extensa trayectoria en el Partido fueron distinguidos en el acto. /Foto: Vicente Brito

Oficina de Atención a la Población del Comité Provincial, donde ha permanecido en los últimos 17 años.

Para Enrique la de hoy fue una ocasión excepcional. “Llegar hasta aquí cumpliendo tareas del Partido y que continúen confiando

en nosotros es algo que enorgullece y compromete. Yo estoy seguro de que serviremos de ejemplo para las nuevas generaciones, y de que ellas serán capaces de hacerlo mejor”, declaró en un aparte con la prensa, en un abril atípico y también feliz.